

Temas

Amor

—Y si yo sé de una flor única en el mundo y que no existe en ninguna parte más que en mi planeta; si yo sé que un buen día un corderillo puede aniquilarla sin darse cuenta de ello, ¿es que esto no es importante?

El principito enrojeció y después continuó:

—Si alguien ama a una flor de la que solo existe un ejemplar en millones y millones de estrellas, basta que la mire para ser dichoso. Puede decir satisfecho: "Mi flor está allí, en alguna parte". ¡Pero si el cordero se la come, para él es como si de pronto todas las estrellas se apagan! ¡Y esto no es importante!

No pudo decir más y estalló bruscamente en sollozos.

La noche había caído. Yo había soltado las herramientas y ya no importaban nada el martillo, el perno, la sed y la muerte. ¡Había en una estrella, en un planeta, el mío, la Tierra, un principito a quien consolar! Lo tomé en mis brazos y lo mecí diciéndole: "La flor que tú quieres no corre peligro. Te dibujaré un bozal para tu cordero y una armadura para la flor... te...". No sabía qué decirle, cómo consolarle y hacer que tuviera nuevamente confianza en mí.

ANTOINE DE SAINT-EXUPÉRY: *El Principito*, Salamandra

(Entra BENEDICTO).

BENEDICTO: ¡Muchacho!

(Entra un PAJE).

PAJE: ¿Señor?

BENEDICTO: En la ventana de mi alcoba hay un libro; tráemelo acá al jardín.

PAJE: Ya estoy aquí, señor.

BENEDICTO: Ya lo sé; pero lo que quiero es que vayas y estés aquí de vuelta. (Sale el PAJE.) Mucho me asombra que un hombre que se percató de las locuras de otro cuando consagra sus actos al amor pretenda, después de haberse reído de semejantes ligerezas pueriles en los demás, convertirse en tema de sus propias burlas, enamorándose. Y uno de esos hombres es Claudio. Yo le conocí cuando no había otra música para él sino la del tambor y el pífano, y ahora le suenan mejor el tamboril y la zampoña. Yo le conocí cuando hubiera andado diez millas a pie por ver una buena armadura, y ahora pasaría diez noches de claro en claro ideando el corte de un justillo nuevo. Solía hablar llano y sin rodeos, como hombre honrado y militar, y ahora se ha vuelto enrevesado; su conversación parece un banquete fantástico donde solo se sirvieran platos exóticos. ¿Será posible que yo también me transforme, y vea de esa manera con estos ojos? No puedo asegurarlo. Pienso que no. No juraré, empero, que el amor no sea capaz de cambiarme en ostra; mas sí puedo hacer voto de que, mientras no me convierta en ostra, no hará de mí un necio semejante.

WILLIAM SHAKESPEARE: *Mucho ruido y pocas nueces*, Espasa

Muerte

- ...Y yo me iré. Y se quedarán los pájaros
cantando;
y se quedará mi huerto, con su verde árbol,
y con su pozo blanco.
- 5 Todas la tardes, el cielo será azul y plácido;
y tocarán, como esta tarde están tocando,
las campanas del campanario.
Se morirán aquellos que me amaron;
y el pueblo se hará nuevo cada año;
- 10 y en el rincón aquel de mi huerto florido y encalado
mi espíritu errará, nostálgico...
Y yo me iré; y estaré solo, sin hogar, sin árbol
verde, sin pozo blanco,
sin cielo azul y plácido...
- 15 Y se quedarán los pájaros cantando.

JUAN RAMÓN JIMÉNEZ: *Poesía escogida*, vol.2
(1909 - 1913), Visor

—Pero ¿no le dijiste a Walton o a Larsen, por ejemplo, cuándo o dónde o cómo les llegaría la muerte? —insistió Nicholson.

—No, señor. Nada de eso —dijo Teddy categóricamente—. Yo no quería decirles nada de todo eso, pero ellos insistían en hablar del asunto. En realidad, el que más o menos empezó la cosa fue el profesor Walton. Dijo que realmente quería saber cuándo iba a morir, porque entonces sabría qué trabajo hacer y qué trabajo dejar de lado, y cómo usar el tiempo de la mejor manera posible, y todo eso. Y entonces todos insistieron... Así que les dije un poco más.

Nicholson no dijo nada.

—Pero no es cierto que yo les dijera cuándo se iban a morir. Es un rumor totalmente falso —dijo Teddy—. Podría haberlo hecho, pero sabía que en el fondo no lo querían saber. Lo que quiero decir es que, aunque enseñan religión y filosofía y cosas así, siguen teniendo bastante miedo de morir —Teddy, sentado, o reclinado, guardó silencio un minuto—. ¡Es tan tonto! —dijo—. Lo único que pasa es que, cuando uno muere, se escapa del cuerpo. Caramba, si todos lo hemos hecho miles y miles de veces. El hecho de que no se acuerden no significa que no haya ocurrido. ¡Es tan tonto!

J.D. SALINGER: "Teddy", *Nueve cuentos*, Edhasa

Vida

La vida de todo hombre es un camino hacia sí mismo, la tentativa de un camino, la huella de un sendero. Ningún hombre ha sido nunca por completo él mismo; pero todos aspiran a llegar a serlo, oscuramente unos, más claramente otros, cada uno como puede. Todos llevan consigo, hasta el fin, viscosidades y cáscaras de huevo de un mundo primordial. Alguno no llega jamás a ser un hombre, y sigue siendo rana, ardilla u hormiga. Otro es hombre de medio cuerpo para arriba, y el resto, pez. Pero cada uno es un impulso de la Naturaleza hacia el hombre. Todos tenemos orígenes comunes: las madres; todos nosotros venimos de la misma sima, pero cada uno —tentativa e impulso desde lo hondo— tiende a su propio fin. Podemos comprendernos unos a otros, pero sólo a sí mismo puede interpretarse cada uno.

HERMAN HESSE: *Demian*, Alianza

La pregunta, ¡oh, yo!, tan triste
y recurrente, es: ¿qué hay de
bueno en todo esto, oh, yo,
oh, vida?

5 *Respuesta:*

Que estás aquí, que la vida
existe, y la identidad;
que prosigue la obra, sobrecogedora, y que tú
puedes contribuir con un

10 verso.

WALT WHITMAN: *Hojas de hierba y selección
de prosas*, Galaxia Gutenberg

Tópicos

Carpe diem

—Ahora no lo siente así. Pero algún día, cuando sea viejo, arrugado y feo, cuando el pensamiento haya tatuado su frente de surcos y el fuego de la pasión dejado en sus labios su espantosa marca, lo sentirá usted terriblemente. Ahora, por dondequiera que vaya, seduce al mundo. Pero ¿será así siempre? Tiene usted un rostro maravillosamente bello, señor Gray. No frunza el ceño. Lo tiene. Y la belleza es una forma de genio, más elevada, en realidad, que el mismo genio, ya que no necesita explicación. Es uno de los grandes hechos del mundo, como el sol, o la primavera, o el reflejo de esa concha de plata que llamamos luna en las oscuras aguas. Algo que no puede cuestionarse, con un derecho divino a la soberanía. Convierte en príncipes a los que la poseen. ¿Sonríe usted? ¡Ah! No sonreirá cuando la haya perdido... La gente a veces tacha la belleza de superficial. Podría ser. Pero al menos no es tan superficial como el pensamiento. Para mí, la belleza es la maravilla de las maravillas. Solo los simples dejan de juzgar por las apariencias. El verdadero misterio del mundo está en lo visible, no en lo invisible... Sí, señor Gray, los dioses le han sido favorables. Pero lo que los dioses dan, lo quitan muy pronto. Solo tiene unos pocos años para vivir de verdad, con perfección, con plenitud. Cuando su juventud se desvanezca, su belleza se irá con ella, y descubrirá de pronto que ya no le quedan triunfos, o deberá contentarse con mezquinos éxitos que el recuerdo de su pasado hará más amargos que una derrota. Cada mes que transcurre le acerca a esa espantosa realidad. El tiempo está celoso de usted, y lucha contra sus lirios y sus rosas. Esa tez se volverá cetrina, se hundirán las mejillas, los ojos perderán su brillo. Sufrirá horriblemente... ¡Ah! Sea consciente de su juventud mientras esta perdure.

OSCAR WILDE: *El retrato de Dorian Gray*, Astiberri

Locus amoenus

Es una tarde deliciosa, en que todo el cuerpo es un solo sentido y bebe la delicia por cada poro. Voy y vengo con una extraña libertad en la naturaleza, como parte de ella. Mientras camino por la pedregosa orilla de la laguna en mangas de camisa, aunque el tiempo es frío, además de nublado y ventoso, y no veo nada que me atraiga en especial, todos los elementos resultan insólitamente agradables. Las ranas mugidoras trompetean para anunciar la noche y la nota del chotacabras nace del viento ondulante sobre el agua. Me deja casi sin aliento la simpatía con el palpitante aliso y las hojas del álamo; sin embargo, como el lago, mi serenidad se ondula, pero no se arruga. Las pequeñas olas levantadas por el viento de la tarde están tan lejos de la tormenta como la suave superficie reflectante. Aunque ahora oscurece, el viento sopla y ruge aún en los bosques, las olas salpican y algunas criaturas arrullan a las demás con sus notas.

HENRY DAVID THOREAU: *Walden*, Cátedra

Beatus ille

El Silbo de la afirmación en la aldea (fragmento)

¡Ay, no encuentro, no encuentro
la plenitud del mundo en este centro!
En los naranjos dulces de mi río,
asombros de oro en estas latitudes,
5 oh ciudad cojitranca, desvarío,
solo abarca mi mano plenitudes.
No concuerdo con todas estas cosas
de escaparate y de bisutería:
entre sus variedades procelosas,
10 es la persona mía,
como el árbol, un triste anacronismo.
Y el triste de mí mismo,
sale por su alegría,
que se quedó en el mayo de mi huerto,
15 de este urbano bullicio
donde no estoy de mí seguro cierto,
y es pormayor la vida como el vicio.

MIGUEL HERNÁNDEZ:
Obra poética completa, Alianza

Personajes

El amigo fiel

Las ideas de mi amigo Watson, aunque limitadas, son sumamente pertinaces. Durante mucho tiempo me ha estado incordiando para que escriba yo mismo uno de mis casos. Puede que la culpa de este acoso la tenga yo, ya que a menudo le he hecho notar lo superficiales que son sus relatos, acusándolo de satisfacer los gustos populares en lugar de ceñirse estrictamente a los hechos y las cifras. "¿Por qué no lo intenta usted, Holmes?", solía ser su respuesta; y me veo obligado a declarar que, ahora que he empuñado la pluma, empiezo a darme cuenta de que el asunto debe presentarse de forma que pueda interesar al lector. Será difícil que no le interese el siguiente caso, ya que se trata de uno de los más extraños de mi archivo, aunque da la casualidad de que Watson no lo tenía en el suyo. Y ahora que hablo de mi viejo amigo y biógrafo, me gustaría aprovechar esta oportunidad para dejar claro que, si acepto cargar con un compañero en mis diversas e insignificantes investigaciones, no lo hago por sentimentalismo ni por capricho, sino porque Watson posee algunas características muy notables, a las que, por modestia, apenas ha dedicado atención en sus exageradas crónicas de mis actuaciones. Un colaborador capaz de anticipar tus conclusiones y tu curso de acción resulta siempre peligroso, pero aquel para quien toda novedad constituye una constante sorpresa, y para quien el futuro es siempre un libro cerrado, resulta, verdaderamente, el ayudante ideal. He comprobado en mi libro de notas que en enero de 1903, poco después de concluir la guerra de los bóers, recibí una visita del señor

James M. Dodd, un británico corpulento, sano, tostado por el sol y de aspecto honrado. Por aquel entonces, el bueno de Watson me había abandonado para largarse con su esposa, el único acto egoísta que recuerdo que cometiera durante toda nuestra asociación.

ARTHUR CONAN DOYLE: *Todo Sherlock Holmes*, Cátedra

El don Juan y la mujer virtuosa

Y mi voz, helada por un temblor nervioso, tenía cierta amabilidad felina que puso miedo en el corazón de la Princesa. Yo la vi palidecer y detenerse mirando al mayordomo: Después murmuró fríamente, casi sin mover los labios:

—¿Dices que te han herido?

Su mirada se clavó en la mía, y sentí el odio en aquellos ojos redondos y vibrantes como los ojos de las serpientes. Un momento creí que llamase a sus criados para que me arrojasen del Palacio, pero temió hacerme tal afrenta, y desdeñosa siguió hasta la puerta, donde se volvió lentamente:

—¡Ah!... No tuve carta autorizando tu estancia en Liguria.

Yo repuse sonriendo, sin apartar mis ojos de los suyos:

—Será preciso volver a escribir.

—¿Quién?

—Quien escribió antes: María Rosario...

La Princesa no esperaba tanta osadía y tembló. Mi leyenda juvenil, apasionada y violenta, ponía en aquellas palabras un nimbo satánico. Los ojos de la Princesa se llenaron de lágrimas, y como eran todavía muy bellos, mi corazón de andante caballero tuvo un remordimiento. Por fortuna las lágrimas de la Princesa no llegaron a rodar, solo empañaron el claro iris de su pupila. Tenía el corazón de una gran dama y supo triunfar del miedo: Sus labios se plegaron por el hábito de la sonrisa, sus ojos me miraron con amable indiferencia, y su rostro cobró una expresión calma, serena, tersa, como esas santas de aldea que parecen mirar benévola a los fieles. Detenida en la puerta, me preguntó:

—¿Y cómo te han herido?

—En el jardín, señora...

La Princesa, sin moverse del umbral, escuchó la historia que yo quise contarle. Attendía sin mostrar sorpresa, sin desplegar los labios, sin hacer un gesto. Por aquel camino de mutismo intentaba quebrantar mi audacia, y como yo adivinaba su intención, me complacía hablando sin reposo para velar su silencio. Mis últimas palabras fueron acompañadas de una profunda cortesía, pero ya no tuve valor para besarle la mano:

—¡Adiós, Princesa!... Avisadme si tenéis noticias de Roma.

Crucé la silenciosa biblioteca y salí.

RAMÓN MARÍA DEL VALLE-INCLÁN: *Sonata de Primavera*, Espasa

El avaro

¡Oh! Pero Scrooge era atrocamente tacaño, avaro, cruel, desalmado, miserable, codicioso, incorregible, duro y esquinado como el pedernal, pero del cual ningún eslabón había arrancado nunca una chispa generosa; secreto y retraído y solitario como una ostra. El frío de su interior le helaba las viejas facciones, le amorataba la nariz afilada, le arrugaba las mejillas, le entorpecía la marcha, le enrojecía los ojos, le ponía azules los delgados labios; hablaba astutamente y con voz áspera. Fría escarcha cubría su cabeza y sus cejas y su barba de alambre. Siempre llevaba consigo su temperatura bajo cero; helaba su despacho en los días caniculares y no lo templaba ni un grado en Navidad.

El calor y el frío exteriores ejercían poca influencia sobre Scrooge. Ningún calor podía templarle, ninguna temperatura invernal podía enfriarle. Ningún viento era más áspero que él, ninguna nieve más insistente en sus propósitos, ninguna lluvia más impía. El temporal no sabía cómo atacarle. La más mortificante lluvia, y la nieve, y el granizo, y el agua de nieve, podían jactarse de aventajarle en un sola cosa: en que con frecuencia "bajaban" gallardamente, y Scrooge, nunca.

Jamás le detuvo nadie en la calle para decirle alegremente: "Querido Scrooge, ¿cómo estáis? ¿Cuándo iréis a verme?". Ningún mendigo le pedía limosna, ningún niño le preguntaba qué hora era, ningún hombre ni mujer le preguntaron en toda su vida por dónde se iba a tal o cual sitio. Aun los perros de los ciegos parecían conocerle, y cuando le veían acercarse arrastraban a sus amos hacia los portales o hacia las callejuelas, y entonces meneaban la cola como diciendo: "Es mejor ser ciego que tener mal ojo".

¡Pero qué le importaba a Scrooge! Era lo que deseaba: seguir su camino a lo largo de los concurridos senderos de la vida, avisando a toda humana simpatía para conservar la distancia.

CHARLES DICKENS: *Canción de Navidad*, Castalia